

Grecia y Roma lo consagraron

El suicidio, entre la norma y el horror

Eduardo Tijeras



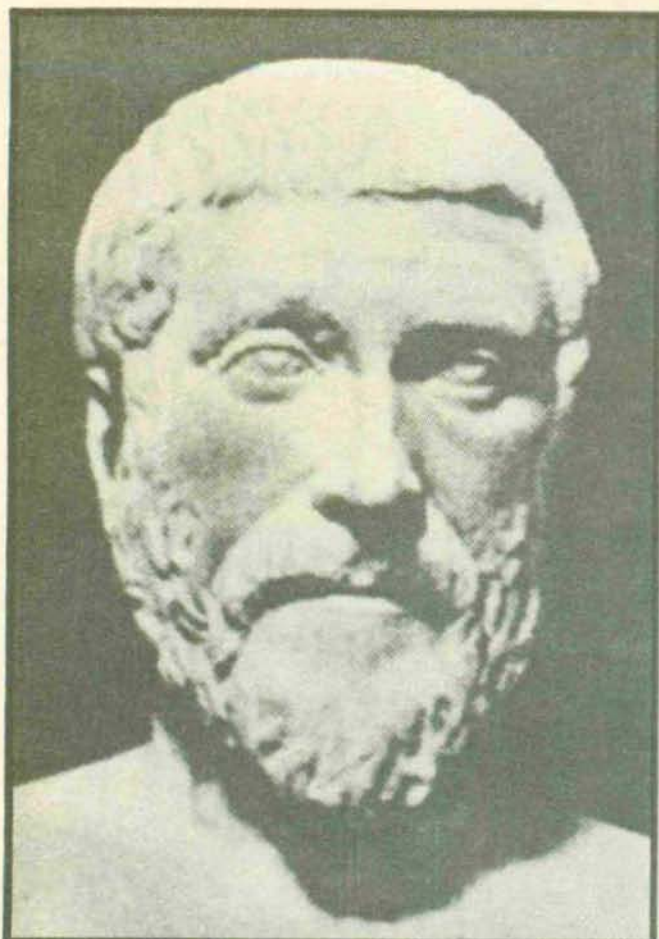
«He aquí que vengo ya.
¿Por qué me llamas?»

(Zenón Cítico).

Dentro de los pensadores y poetas de la antigüedad, el suicidio se presenta como un castigo que apela a la ética del propio individuo con objeto de dejar a salvo la dignidad y una serie de convenciones de clase y casta. Sobre estas líneas, momento en que el más famoso suicida griego, Sócrates, decide poner fin a su vida.

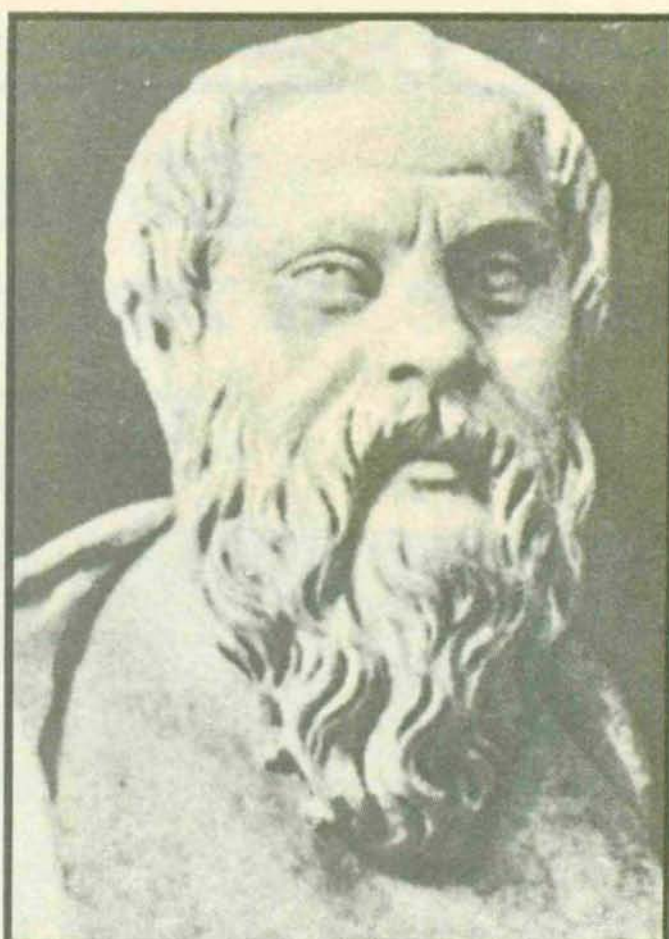
LAS noticias y la tónica del suicidio en los pensadores, filósofos, oradores, poetas y poetas-guerreros de la antigüedad, como parece lógico, abundan en contradicciones y, sobre todo, se confunden, más que con el verdadero suicidio en su acepción moderna, con normas sociales y políticas represivas en las que el suicidio se presenta como un castigo que apela a la ética del propio individuo con objeto de dejar a salvo su dignidad y una serie de convenciones de clase y casta. Especie de pena de muerte disfrazada, y práctica tan corriente como catastrófica, única salida al honor mancillado, a la derrota, la humillación, la enfermedad y la vejez.

Ser un poco valetudinario y estar, por ejemplo, enfermo del riñón —el mal de piedra— eran razones suficientes para ingerir el contenido de una buena taza de veneno —cicuta, adormidera— y quitarse limpiamente de en medio. Estas bárbaras y drásticas concepciones han progresado hasta el extremo de que en la actualidad nadie ve con ojos de familiaridad y lógica la práctica del suicidio, entre otras cosas, por un relajamiento de las costumbres y una moral más laxa, pero también más hipócrita y huidiza, porque, sin duda, el tal progreso no ha servido para que descendan las tasas del suicidio. Hoy el suicidio es un horror. Antiguamente, una norma. Entre la norma y el horror, el gesto no ha sufrido grandes alteraciones. Luego lo que realmente podría haber progresado es la manera de juzgar, no el hecho en sí.



PITAGORAS

La historia nos ha legado algunas referencias. Descartada la sugerente Safo de Lesbos, cuya leyenda de suicidio por amor (el salto desde el peñón de Léucade, desdeñada por el marino Faón) se atribuye ahora a una cortesana de igual nombre, prosiguen las dudas en torno a Pitágoras: su clase de muerte no es estrictamente suicidio, aunque le anda muy cerca. Diógenes Laercio recoge por lo menos tres versiones. La más célebre narra que el gran filósofo y matemático consiguió escapar del incendio de su casa de Crotona, provocado por una conjura política, y que al llegar a un campo de habas se paró y dijo: «Mejor es ser cogido que pisar estas habas», o «Mejor es ser muerto que hablar». Acto seguido tendió la garganta a sus perseguidores. Otros —Dicarco, Heráclides— dicen que murió privándose de la comida durante cuarenta días. De todas maneras, murió octogenario. Entre tanta longevidad y las dudas que suscita la voluntariedad de su muerte, parece aconsejable no insistir en el tema o, en cualquier caso, estaría claro que la senectud y la grave emergencia —alzamiento popular— impulsaron a Pitágoras a dejarse matar o a morir de hambre.



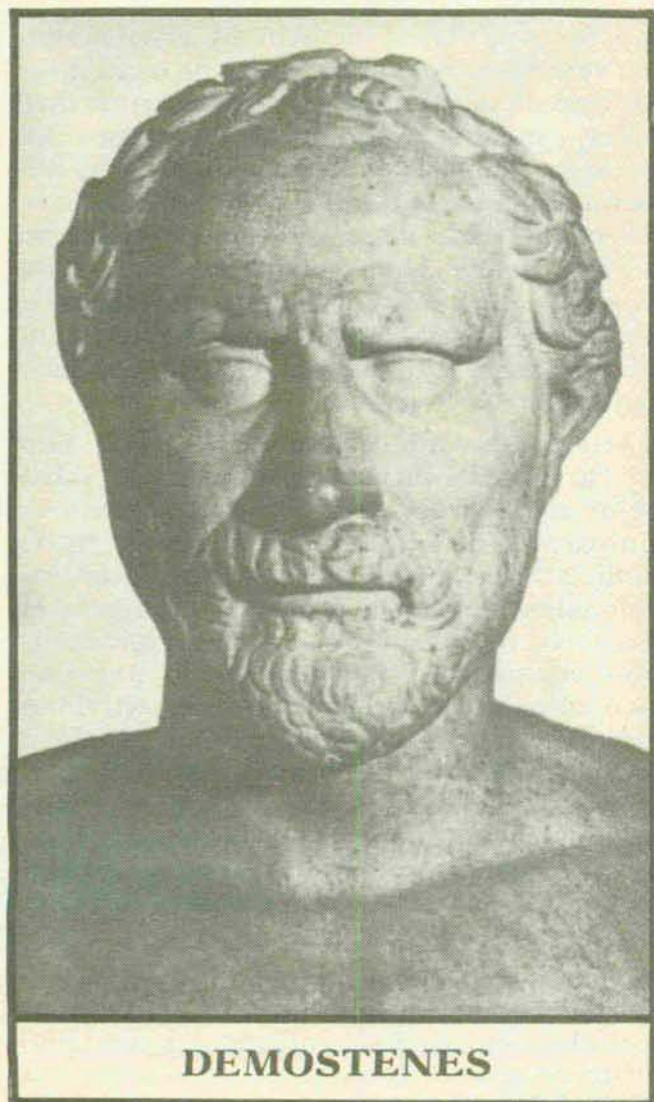
SOCRATES

Sócrates bebió en prisión la cicuta que lo llevaría a la tumba. Estaba condenado a muerte por el tribunal de los pretorianos, y la cicuta no desempeñó otra misión que la de ejecutar la sentencia, según se desprende del **Fedón** platoniano. Ni siquiera él o sus queridos amigos se procuraron el veneno subrepticamente a fin de anticiparse a la ejecución de la sentencia. La cicuta le fue suministrada por un guardián o funcionario de la cárcel, quien al mismo tiempo le recomendó al filósofo lo que debía hacer después de tomar la pócima: sólo pasear hasta sentir que se debilitaban sus piernas. «Y entonces te acuestas en tu cama». Uno de los discípulos preguntó serenamente si él podía hacer una libación con el mismo brebaje. Le respondieron que únicamente disolvían «lo que precisamente se ha de beber». Tras lo cual Sócrates alzó con dignidad la copa, bebió y empezó a quedarse frío por los pies, en medio del llanto de sus amigos y recomendándole a Critón hiciera un sacrificio a Asclepio, el dios de la medicina que lo libraba por muerte de todos los males de la vida.

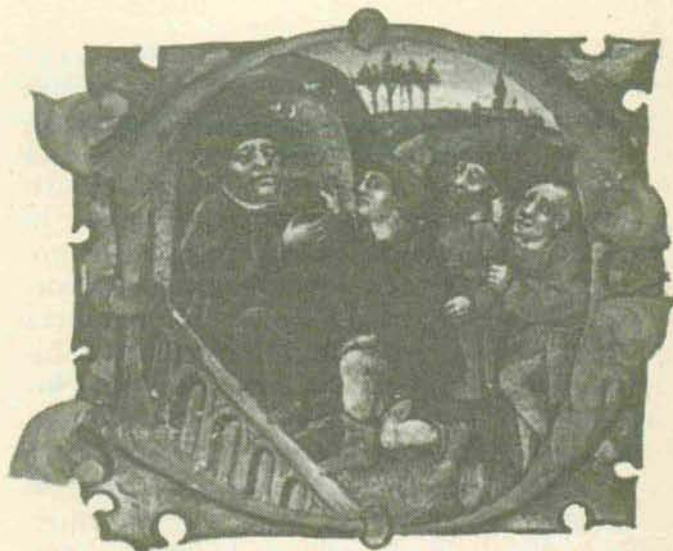
Sin embargo, pese a estas evidencias, la muerte de Sócrates se relaciona estrecha-

mente con el suicidio, ya que primero provocó con su irónico orgullo la condena y después se negó a aprovechar las posibilidades de huida que le brindaban sus seguidores. Acusado de quebrantar las leyes negando la existencia de los dioses y de corromper a la juventud, Sócrates pudo haber revocado la sentencia a poco que se esforzase. No quiso, no se rebajó. Simplemente era culpable de ir contra la mediocridad y la estulticia de las costumbres establecidas. Lo suyo fue un problema de integridad personal y fidelidad a la idea de verdad, un problema ético.

Precisamente Sócrates, uno de los primeros «interioristas», propagador de la sentencia délfica sobre la necesidad de conocerse a sí mismo —necesidad que todavía la psicología moderna no ha resuelto— y consciente de que **sólo sabía que no sabía nada** —apoteigma humilde—, tuvo que dar a los irritados jueces una lección de soberbia con el ejemplo de su casi elegida muerte. Si lo pensamos bien, toda muerte que no venga impuesta por enfermedad, vejez o accidente es un suicidio.



DEMOSTENES



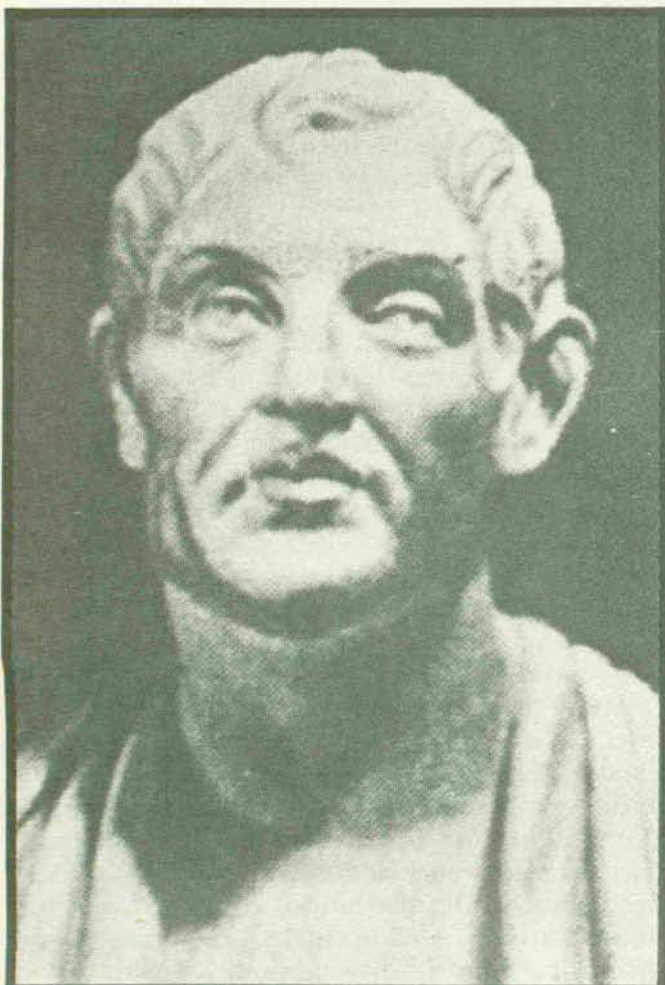
Sócrates bebe la cicuta que le causaría la muerte. Acusado de quebrantar las leyes negando la existencia de los dioses y de corromper a la juventud, el filósofo helénico prefirió el suicidio a la humillación. (Inicial miniada de un códice del siglo XV).

Hijo de un armero, naturaleza enfermiza, tartamudo y un tanto histriónico, Demóstenes fue el gran orador político que alentó la resistencia de los griegos contra el naciente poder macedónico acaudillado por Filipo. No tuvo condiciones de orador nato. Dominó sus defectos físicos, como se conoce popularmente, introduciéndose guijos en la boca y pronunciando parlamentos mientras caminaba por terrenos empinados. Desdeñó la oratoria que no hubiese escrito previamente. Parece que su resistencia al soborno y la fidelidad a las causas que defendía no eran ejemplares, ni su valor en acciones de cierto riesgo, por lo que sufrió destierro y otros reveses de la fortuna, si bien tampoco le faltaron oportunas reivindicaciones.

Incansable instigador de la guerra entre griegos y macedonios, Demóstenes y los de su partido huyeron de Atenas en cuanto se tuvo noticia de que venía el triunfador y cruel Antipatro, sucesor de Filipo y Alejandro. El pueblo los condenó a muerte por desertión. Demóstenes se refugió en la isla de Calauria (Calabria). Allí fue a buscarlo un emisario de Antipatro con la promesa de que no se le haría ningún daño. «Aguardarás un poco —dijo Demóstenes— mientras escribo unas letras a los de casa». Tomó asiento para escribir y, al poco rato, se cubrió la cabeza y la reclinó. Los guardias se burlaron de él, tachándole de afeminado y cobarde. Pero lo que realmente hizo Demóstenes fue envenenarse en el breve tránsito. Por lo visto llevaba el veneno consigo desde hacía algún tiempo, como «amuleto o preservativo». Alzó la cabeza, convulso, y aún pronunció algunas invocaciones. «Al mover el pie para pasar del ara cayó al suelo y, lanzando un sollozo, expiró» (1).

(1) Plutarco: *Vidas paralelas*.

Esta situación —autodestruirse para no caer en las garras de un vencedor y borrar de esa manera la vergüenza y los trastornos de la derrota— se repetirá a lo largo de la historia del suicidio, como constante levemente matizada por la entidad de los perseguidores y la clase de fracaso que, al correr del tiempo, adoptarán significaciones cada vez más retorcidas e inaprehensibles. En la circunstancia de Demóstenes, quien fundó la incisiva sabiduría de sus **Filípicas** en la rebelión contra los macedonios, basando aquí toda su invectiva política, así como sus mejores discursos (entre ellos, el **Discurso de la corona**) procedían de rivalidades de poder, no es de extrañar que dada la dimensión heroica de la época —año 322 a. de C.—, el mito de la honorabilidad, la arcana influencia de los dioses, las inconsecuencias de Demóstenes para manejarse entre la acción política intelectualizada y la acción pura y, por último, el triunfo incontrastable del caudillo heredero de toda la genealogía enemiga, no es de extrañar, repito, que el orador considerara el suicidio como la única salida.



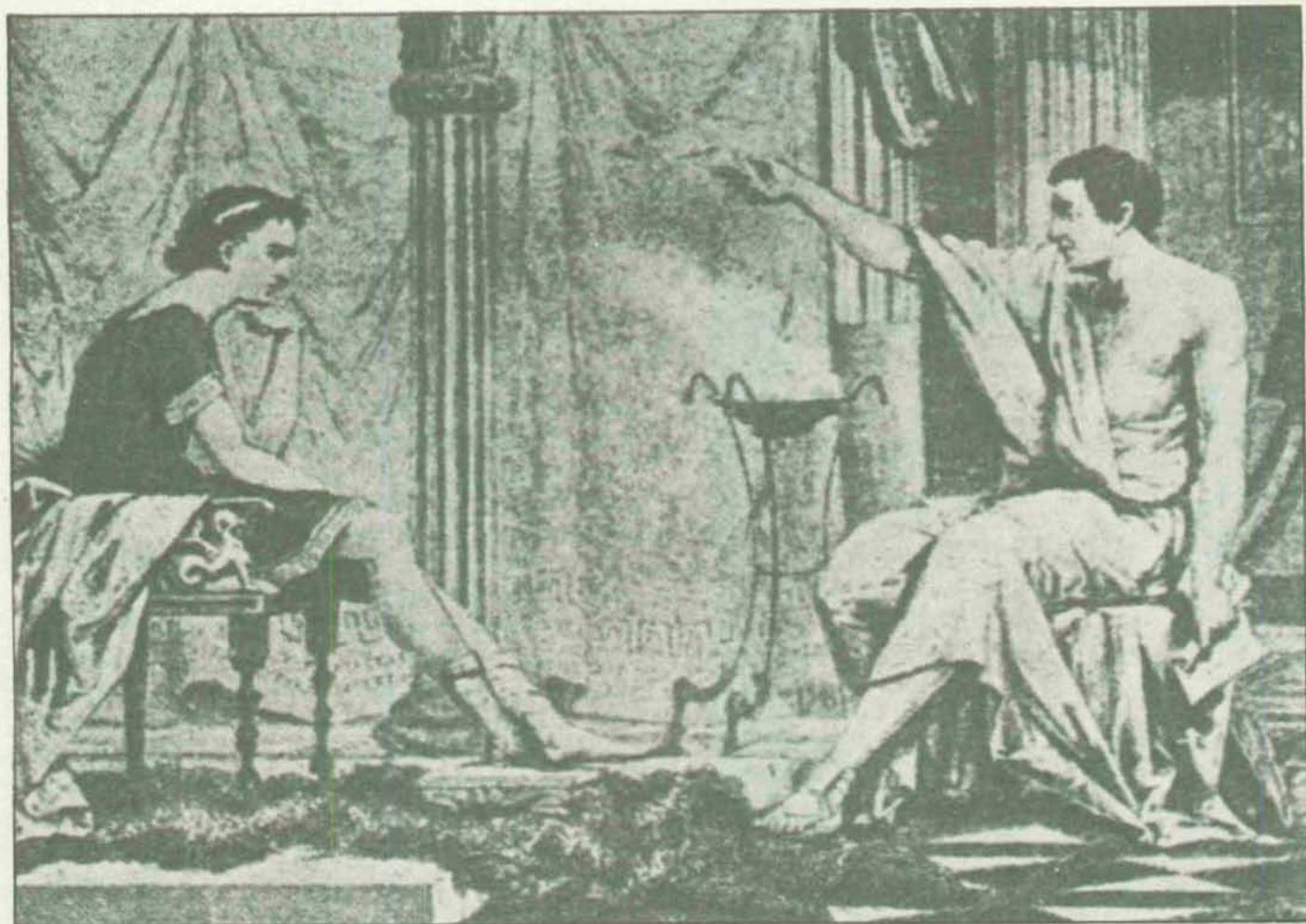
ARISTOTELES

Afirmar que Aristóteles se suicidó es absolutamente aventurado y deberíamos pasarlo por alto. Eduard Zeller, uno de los especialistas en filosofía griega antigua, declara que Aristóteles murió de una enfermedad del estómago. Indro Montanelli, autor de una **Historia de los griegos** amena y desmitificadora, consigna que Aristóteles «murió repentinamente, no se sabe si de una dolencia de estómago o, como Sócrates, por ingerir cicuta».

Aristóteles, el filósofo más sistemático y analítico de aquellos tiempos, también fue condenado a muerte, aunque en vez de autoejecutar la pena prefirió refugiarse en casa de sus parientes maternos, en Cálcida, territorio ajeno a la órbita ateniense. Sin embargo, Diógenes Laercio estuvo convencido de que murió «habiendo bebido el acónito, como dice Eumelo en el libro V de sus **Historias**, a los setenta años de edad», y en este sentido compuso Laercio su epigrama: **De impiedad acusa Euridemonte, sacerdote de Ceres, a Aristóteles, y éste el riesgo evita acónito bebiendo. Esto era realmente lo más fácil para burlar a un sicofanta injusto.**

El acónito es planta medicinal y, en su madurez, venenosa. Por tanto, pudieron ocurrir las dos cosas a la vez: que Aristóteles, como dice Zeller, estuviera enfermo del estómago y sobrecargara la dosis medicinal, según es tan frecuente en la actualidad con los barbitúricos, que pocas veces llega a saberse si el exceso mortal proviene de un error de medida o de un propósito concreto (por lo demás, el «error de medida» es difícil admitirlo en quien está considerado como el fundador de la botánica científica).

Si Aristóteles verdaderamente se suicidó, y no hay razones definitivas para afirmarlo, salvo mejor consideración de Eumelo, su caso es equiparable al de Sócrates: la acusación de impiedad frente a los dioses y los valores tradicionales, la condena a muerte, la cárcel o el destierro. Un resultado —el probable suicidio— coherente con su concepción ética que hace coincidir el sentido de toda actividad humana con la idea de felicidad, con la belleza y perfección del ser humano en cuanto tal (eudemonía) mediante la virtud. Es decir, coherente en la medida en que las condiciones finales de la vida propia no se corresponden con los universos arbitrados por la razón y el ideal. Aristóteles, amigo de los macedonios, y Demóstenes, enemigo, nacieron y murieron a la par, 384-322 años a. de C. Militaron en campos distintos y en partidos antagónicos con igual resultado airado. Anotamos el dato como una ironía del destino.

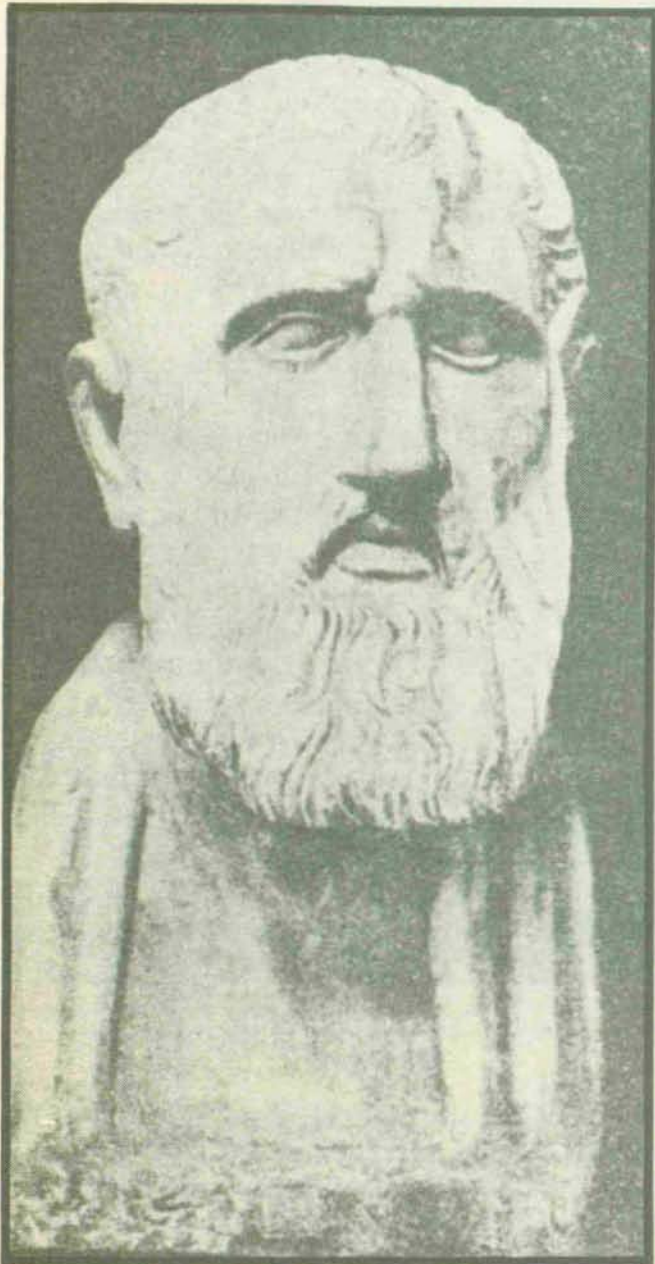


Afirmar que Aristóteles —que el grabado representa (a la derecha) en una clase a Alejandro— se suicidó, es absolutamente aventurado. Según varios de sus biógrafos, el autor del «Organon» falleció de una enfermedad del estómago o por beber un exceso de acónito.

EMPEDOCLES

Existen varias versiones de la muerte de Empédocles, el médico, poeta y filósofo de Agrigento caracterizado por el afán dualista de fundir el intelecto y la mística, nato conductor espiritual de pueblos que, pese a sus teorías sobre la trasmigración, las reencarnaciones y la bienaventuranza de los espíritus, tiene enorme importancia como antecesor de concepciones científicas modernas. Zeller, por ejemplo, estima que Empédocles es el fundador de la química moderna y el primero que vislumbró lo que luego habría de convertirse en la evolución de las especies teorizada por Darwin. Atribuye a su filosofía un valor de transición entre el cambio eterno de Heráclito y la eterna invariabilidad de Parménides. Esto mismo, curiosamente, Jean Wahl se lo adjudica a Platón, nacido medio siglo después. Pero nuestro trabajo no consiste, ahora, en apreciar la génesis de las ideas filosóficas, sino en recoger la sospecha de suicidio que ronda legendariamente la figura de Empédocles. De las versiones citadas, la más rica supone

que una extraña inquietud de raíz mística le impulsó a arrojarse al cráter del Etna, tras haber curado a una mujer agrigentina que estaba prácticamente difunta. Entre Hermipo, Heráclides e Hipoboto se forja esta leyenda, según la recensión de Laercio. Empédocles obedeció en la noche la llamada de una gran voz, bajo luces celestes y luminarias de tea. Se arrojó al volcán para dejar fama de haberse convertido en un dios, pero a lo que parece luego fue descubierta la impostura de la divinidad al expulsar «las llamas una de las sandalias (de Empédocles), que eran de bronce». Empédocles curó a los selinuncios de un contagio de peste y fue adorado como un dios. No quiso decepcionar a los selinuncios, se dice, y acabó en el volcán a título confirmatorio de su divinidad. Otros niegan este final y aseguran que Empédocles se retiró al lejano Peloponeso y allí murió de muerte desconocida. Es la opinión que suscribe Laercio y a ella cabe remitirse, pues se basa en los cuerdos testimonios de Timeo y Pausanias. Este último estuvo cerca de Empédocles y alzó una estatua a su memoria. Extraña que no aludiera al episodio del volcán.



ZENON CITIEO

No debe confundirse a Zenón de Elea —el famoso de Aquiles y la tortuga y la flecha que vuela «quieta»— con Zenón Citieo, uno de los fundadores del movimiento estoico. Zenón Citieo se suicidó, pero a una edad tan avanzada que casi puede considerarse el hecho como una práctica terapéutica, atendiendo, por supuesto, la mentalidad de la época y, sobre todo, uno de los principales dogmas del estoicismo, enunciado por Crisipo y citado por Laercio: «Que con mucha razón el sabio se privará a sí mismo de la vida por la patria y por los amigos, y aun cuando padeciere algún dolor, mutilación o mal incurable». Se cuenta que, al salir Zenón de la escuela, tropezó y se lastimó un dedo. Dio un golpe en tierra con la mano y exclamó: «He aquí que vengo ya. ¿Por

qué me llamas?». Seguidamente se ahogó con sus propias manos, aunque otros quieren que murió de viejo o de hambre. Los de la **Stoa poikile** o pórtico en el ágora, los estoicos, fueron los primeros en afirmar que el fin del hombre es vivir conforme a la naturaleza, de acuerdo con la virtud que necesariamente ha de proceder de esta identidad.

Más filósofos estoicos suicidas: Cleantes de Asso, Antípater de Tarso, Dionisio el Desertor, Crisipo y Eratóstenes. No agotan la nómina. Cleantes fue púgil antes que filósofo. Representa una de las figuras en la que se funde por primera vez el «proletario» con el intelectual. Se ganó la vida sacando agua por la noche para riego y en las tahonas. Más laborioso que brillante, soportó burlas y llevó una vida de arduo trabajo y desinterés económico. Ya viejo, se le entumecieron las encías y estuvo dos días sin comer por recomendación de los médicos, al cabo de los cuales sanó y se le permitió comer, pero Cleantes ya no quiso comer más. Dijo que así «tenía mucho camino andado». Se dejó morir de hambre, como aprovechando la oportunidad que le brindaron las encías malas.

A Dionisio le llamaron el Desertor por abandonar a Zenón y adscribirse a los cirenaicos. Consideró que el fin del hombre y de la filosofía era el deleite, por oposición a la idea estoica de que el dolor debe resultar indiferente. También murió de hambre en la vejez, queriéndolo.

Antípater de Tarso escribió sobre los sueños, la moral y la divinidad. Crisipo, según Hermipo, «estando filosofando en el Odeon lo llamaron sus discípulos al sacrificio, y habiendo bebido mucho vino dulce y dándole vahídos de cabeza, murió al quinto día, a los setenta y tres años de edad». Otra versión lo describe muriendo de risa. Pero si es cierto que murió —no hay elementos de comprobación— conscientemente bebiendo vino durante cinco días, Crisipo brinda el primer suicidio por alcohol —adicción drogadicta—, cuyo muestrario moderno es infinito.

En lo personal, Crisipo se mostró agudo, soberbio y obsceno. Antepuso la compañía de su madre a otros honores de relación social. E incluso llegó a recomendar el incesto y la ingestión de la carne de los difuntos. Su credo más interesante consistió en el desprecio del lujo y otros haberes, basándose en el argumento de que si tales medios eran para vivir, el vivir era indiferente; si para el deleite, también éste era indiferente; si para la virtud, ella le bastaba para la felicidad. Por tanto, los lujos y haberes son ridículos, pues si procedían del

rey comportaban humillación y, si de la sabiduría, comportaban un don necesario.

Eratóstenes de Alejandría, anticipado matemático, geógrafo y astrónomo, director de la famosa biblioteca de Alejandría, se dice que perdió la vista y, no pudiendo leer, se suicidó. Compuso, entre otras obras, un poema astronómico llamado **Hermes**, del que se han conservado algunos fragmentos. Menos en el suicidio, hay que señalar el paralelismo de Eratóstenes, griego muerto en 194 a. de C., y Jorge Luis Borges. Los dos ciegos y directores de bibliotecas, Alejandría y Buenos Aires. Borges

no ha sido totalmente ajeno al problema del suicidio y entre sus poemas de más reciente factura se encuentra uno muy personal elogiando la muerte voluntaria.

Escribió Zeller que para asegurar la autonomía del hombre en cada caso, los estoicos admitían el suicidio, «no sólo como refugio en la extrema necesidad, sino porque veían en ello la confirmación definitiva de la libertad moral». Es el paso mediante el cual —añade Zeller— el hombre prueba que incluye la vida también junto a las cosas indiferentes y que está justificado en tomarla tan pronto como



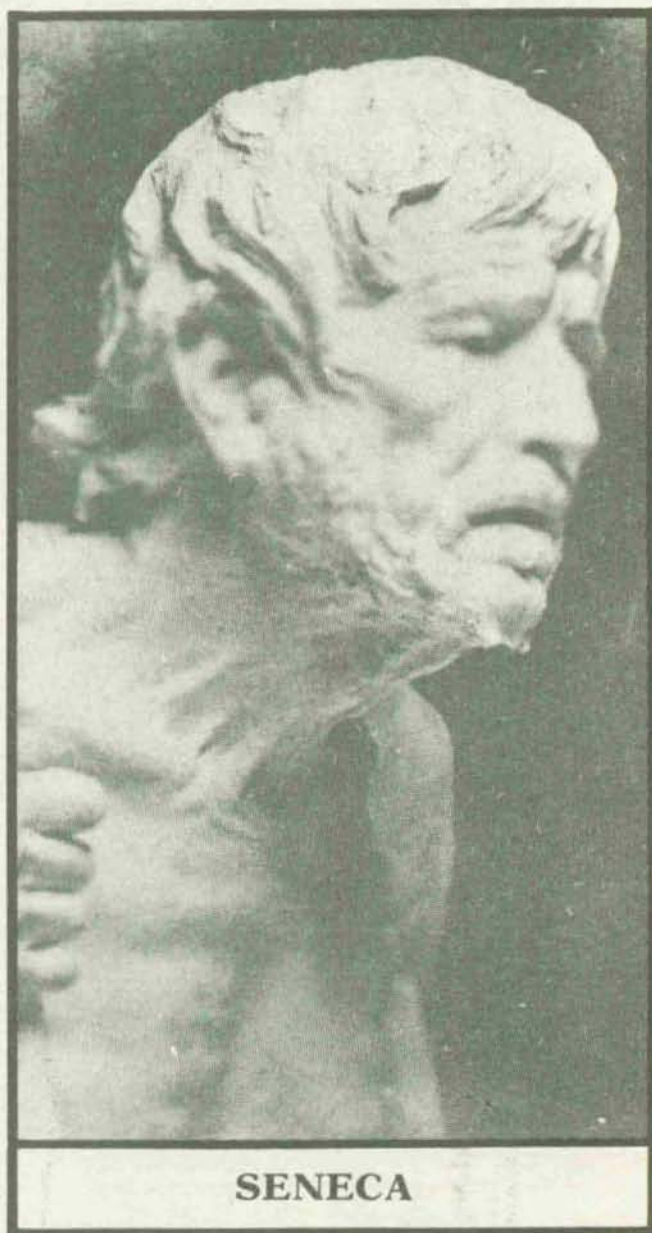
Entre los filósofos estoicos se dio abundantemente el suicidio: Cleantes de Asso, Antipater de Tarso, Dionisio el Desertor, Crisipo y Eratóstenes, más varios otros. Algunos de ellos habían sido discípulos de Platón, cuya Academia aparece representada en este mosaico.

las circunstancias externas señalan que se halla más en armonía con la naturaleza dejar la vida terrena que permanecer más tiempo en ella. Planteadas así las cosas, parece que hay una delicada contradicción en los términos, a saber: si hablamos de que el suicidio para los estoicos es la confirmación definitiva de la libertad moral y, al mismo tiempo, se ponen en regla con las exigencias de la naturaleza mediante el gesto autodestructivo, como respetando y secundando una cierta armonía panteísta preestablecida, claramente se desprende que la segunda premisa entra en contradicción con la primera y que no se puede hablar, pues, de confirmación de la libertad moral, sino de obediencia y fidelidad a un determinismo y de una práctica conformista para estar de acuerdo con la fatalidad. Así es que la actividad suicidal estoica se define más por su deseo doctrinal de establecer la virtud en formas de vida conforme a la naturaleza que en el afán de afirmar una problemática libertad minimizada desde el momento en que se origina en una senectud amenazada por la inexorabilidad de la muerte y otros avatares que, en la mentalidad de la época y quizá en la mentalidad de siempre, restaban interés y gracia al período de tiempo restante por vivir.

Espeusipo, discípulo de Platón, fue el primero en investigar las causas comunes que había en las matemáticas. Irascible y glotón, refiere Plutarco que murió «de piojos», pero Laercio —cuya tarea de recopilación de filósofos antiguos es inapreciable— dijo que, enfermo Espeusipo de perlesía, dejó voluntariamente de vivir a edad avanzada. A consecuencia de sus temblores, Espeusipo se hacía transportar en litera o «silla volante». Encontró a Diógenes y le dijo: «Salud, Diógenes». «No te la deseo yo a ti —respondió Diógenes—, pues que sufres el vivir viéndote en tal estado». En la traducción de Laercio por la que cito (2) se cuenta la anécdota, que recogiera Montaigne, del modo siguiente: «Salve, Diógenes». Y éste responde: «Yo no te lo digo a ti, que siendo quien eres, todavía vives».

Estilpón de Megara, discípulo de Euclides, buen orador, elegante y agudo, negó las especies de las cosas sofisticadamente y la divinidad de los dioses. Bebió vino en la vejez para apresurar su muerte, como Crisipo. Menedemo de Eretria, al no conseguir que Antígono liberara a su patria, se privó de alimento durante siete días y murió. Metrocles se sofocó. En otro lugar se dice que estuvo a punto de matarse por una ventosidad. Menipo, de Fenicia, con fama

de usurero, se ahorcó al perder su fortuna. Y otro tanto ocurrió con Timón: irritado por la ingratitud de la gente, entre la que había dilapidado su fortuna, cogió tal aborrecimiento de los hombres que mereció el sobrenombre de «misántropo» y acabó colgándose de una higuera, según la leyenda, no sin que antes recomendara fervientemente a todo el mundo la higuera como solución a sus conflictos. Luciano hizo a Timón el Misántropo protagonista de uno de sus diálogos, y Shakespeare, en la línea de Luciano pero con mayor genialidad, compuso el drama *Timón de Atenas*, donde este personaje se erige en símbolo del odio y del rencor neurótico.



SENECA

En cierta medida, la muerte impuesta-suicidio de Séneca, el gran filósofo nacido en Córdoba aproximadamente el año 4 a. de C., sigue la misma trayectoria de Sócrates. Séneca fue llevado de niño a Roma por una tía

(2) Ortiz y Sanz.

materna. La elocuencia forense y otras actividades públicas le proporcionaron éxitos. También le proporcionaron la aversión del emperador Calígula, que no lo condenó a muerte por estimar que la vida del cordobés, enfermiza, duraría poco. Acusado de adulterio con Julia Livilla, hermana de Calígula, fue desterrado a Córcega por Claudio, pero la esposa de éste, Agripina, lo hizo volver y le confió la educación de su hijo adoptivo, Nerón. En los primeros años del reinado de Nerón, Séneca fue poderoso y gobernó de hecho, sabiamente, el imperio, en unión de Burro, hasta que malos consejeros socavaron la confianza del monarca. Séneca —acusado de haber acumulado grandes riquezas— cayó en desgracia y ciertamente, la naturaleza de su integridad ética ofreció serias dudas. Séneca abandonó el lujo y se retiró monacalmente a sus estudios filosóficos, pero Nerón, con base en una sospecha de conspiración, le ordenó se diera muerte. Paulina, la segunda esposa de Séneca, solicitó morir con él.

Séneca dijo que legaba a sus amigos el ejemplo de su vida, exhortándolos a vencer el dolor que les causara su muerte. Los esposos se abrieron las venas al mismo tiempo. La muerte no vino presto, con lo cual dio tiempo a que Nerón, para mitigar el odio gestado a su alrededor, enviara soldados, que sólo pudieron salvar la vida de Paulina. Después Séneca, ya con el propósito decidido de morir, bebió cicuta, sin el efecto apetecido por las condiciones de su organismo. Se hizo llevar seguidamente a un baño caliente. Roció con el agua a los esclavos y dijo: «Consagro este licor a Júpiter liberador». Por último, lo llevaron a un baño de vapor y allí expiró, año 65 (3).

Sócrates, Séneca y tantos otros filósofos de la antigüedad sufrieron definitiva condena a muerte, jurídica o legal según los cánones del momento y las concepciones morales de relación política y social, pena de muerte autoejecutada, pero —contemplando otra vertiente del problema— cuando un viejo anónimo de nuestro siglo XX se arroja por propia voluntad a las vías del tren y, suponiendo que el informe forense consigne la tragedia como suicidio, ¿no cabe también la posibilidad de pensar que este gesto irreversible y desesperado es la respuesta a otra condena a muerte, eso sí, menos definida, concreta y legal, que no dimana de un emperador cruel o caprichoso, de un campo de batalla adverso, sino de la sociedad considerada en términos generales (soledad, penuria, enfermedad, depresión psicótica)? Esto nos conduce al peligroso relativismo que

autorizaría, de una parte, a pensar que cada suicidio oculta previamente una condena a muerte —ejercida por los jueces como castigo de un delito definido por las leyes o ejercida por la succión marginadora de la sociedad, el dolor insufrible, el abandono brutal—. No es ilícito llegar a la conclusión de que todos los suicidios, en mayor o menor medida, son condenas a muerte, justas o injustas, vagas o concretas —no entramos en esa discriminación—, con la única diferencia de que la ejecuta el propio condenado y hace de la cicuta, la suspensión, la vía férrea, la ventana y los barbitúricos su particular patíbulo.

Condenas a muerte singulares porque la víctima no tiene clara conciencia del delito cometido, de los jueces que la sentencian ni tampoco del proceso que la conduce a la cárcel de sí misma.

El pensamiento de Séneca, heredero parcial del estoicismo, no demasiado sistemático en sus formulaciones filosóficas, representa un estoicismo ecléctico ribeteado de anticipadas nociones «cristianas». Es suya la idea de que el sabio, precisamente por su condición de sabio, no puede recibir injuria. En su obra más importante, las **Epístolas morales a Lucilio**, desarrolla pensamientos elevados y a menudo, audaces para su época: sentir el amor por todos los hombres como un deber, condenar severamente el trato inhumano a los esclavos y gladiadores, proclamar la igualdad de los sexos, la fidelidad conyugal, el amor a la naturaleza (4). Vivió obsesionado por la fugacidad de la vida y la inminencia de la muerte. Este desgarró le incitó a pregonar lo irrisorio del odio y de las ambiciones materiales. Los pensamientos de Séneca, encaminados a moderar el amor a la vida y vencer el miedo a la muerte son familiares dentro de la tradición estoica y también enjugan las ideas de Epicuro y Heráclito. («Si deseáis vivir, pensad que todo acaba; pero nada perece, pues todo renace.»)

El gran valor de sus concepciones reside en el sentimiento amargo de la universal debilidad humana y en la necesidad de más amor y piedad. Como señaló Levi, la doctrina del amor esbozada por Séneca alcanza «el punto en que el espíritu antiguo se halla más próximo a la palabra del Evangelio». Sin embargo, entre las prédicas de Séneca, plenas de espiritualidad, elevación y desprendimiento, y su vida práctica y real se han suscitado contradicciones numerosas. Montanelli llega a decir que supo morir mejor de como había vivido. En el momento de conocer su sentencia de muerte, parece que éste en otras ocasiones llamado «toreador de la virtud» no mostró absoluta

(3) A. Levi: *Historia de la filosofía romana*.

(4) A. Levi, *obr. cit.*



Séneca (aquí, en escultura de Mateo Inurria) dijo que legaba a sus amigos el ejemplo de su vida, exhortándoles a vencer el dolor que les causara su muerte. El y su segunda esposa, Paulina, se abrieron las venas al mismo tiempo, prefiriendo esta decisión a la muerte ordenada por Nerón.

coherencia con sus ideas, lo cual autoriza a pensar que tales ideas revistieron en su mayor parte el matiz retórico de la típica **consolatio**, género en el que fue maestro el filósofo cordobés, aunque en otro sentido, según tendencias contemporáneas, las discrepancias biografía-obra no ayudan ni tienen validez crítica para establecer el valor estético de un autor (me refiero a las teorías de René Welleck), especie con la que, por supuesto, estamos en desacuerdo.

El hermano mayor de Séneca, Marco Anneo Novato, a quien el primero dedicara varios libros, desempeñó elevados cargos (cónsul y procónsul de Acaya) y también se quitó la vida, probablemente por haber sufrido ataques de sus enemigos. Séneca habló a menudo con

afecto de Novato, pero raras veces mencionó al otro hermano, el menor, llamado Mela, padre del poeta Lucano. Este se suicidó a los veintiséis años, acusado de participar en la conspiración de Calpurnio Pisón contra el déspota Nerón.

Lucano, nacido en Córdoba en el año 39, incurrió, según se cuenta, en la envidia del emperador por su superior talento poético, y le fue prohibido leyera sus versos públicamente. En los interrogatorios admitió su culpa y denunció a otros cómplices de la conspiración. Después invitó a sus amigos a una fiesta —costumbre arraigada—, bebió, recitó poemas contra el despotismo y se abrió las venas.

El poeta latino Cayo Cornelio Galo nació en Frejus el año 66 a. de C. Prefecto de Egipto,

gran amigo de Augusto y condenado al exilio, prefirió darse muerte. La **X Egloga** de Virgilio está consagrada a describir sus amores. Galo influyó en la elegía romana. Era hijo de un liberto. La prefectura de Egipto fue la recompensa a su destacado papel en la batalla de Actium. Creyéndose algo similar a un dios, mandó que le erigieran estatuas, se deslizó en asuntos comprometedores y Octavio lo dejó condenar por el Senado. Galo se suicidó y su memoria fue execrada (5).

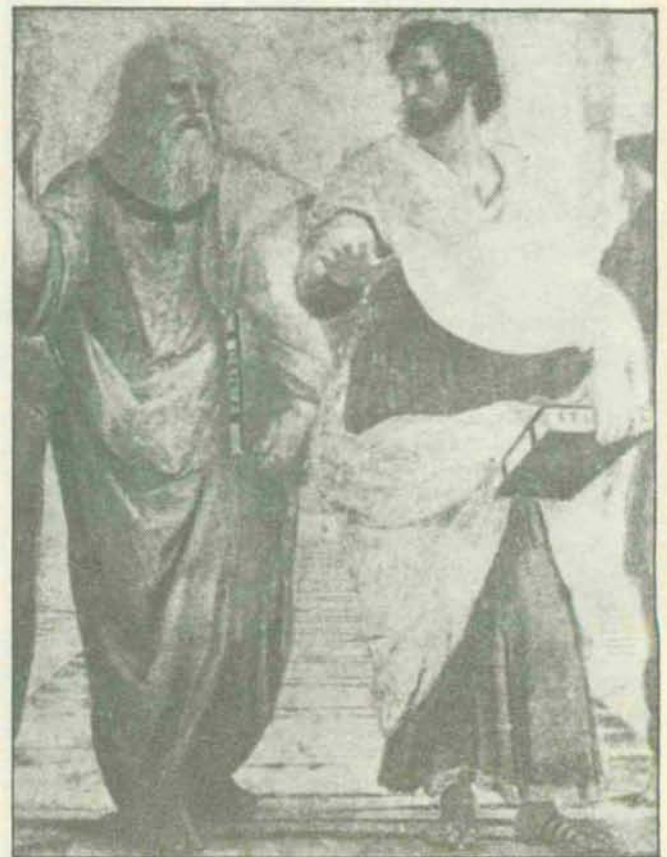
A Cayo Petronio, personaje del siglo I romano, árbitro de la elegancia, voluptuoso y exquisito, se le ha querido identificar con el Petronio autor del **Satiricón**, la crónica satírica de la época de Calígula y Nerón, pero existen dudas o, en todo caso, como viene a decir Montanelli, hay gran diferencia entre el tono de la obra, vulgar y obsceno, y la refinada leyenda del personaje. Petronio, caído en desgracia, se abrió las venas.

Al estoicismo romano, o neoestoicismo, se vincula Blossio de Cumas, discípulo de Antipater de Tarso. El nombre de Cumas es de origen osco. Tras la muerte de Tiberio Graco tuvo que defenderse frente a los cónsules. Condenado a destierro, se refugió cerca de Aristónico de Pérgamo, en Asia. Cuando éste fue derrotado, Blossio de Cumas se quitó la vida.

Manlio Torcuato, **junior**, epicureísta, senador y pretor, combatió durante la guerra civil en África junto a los pompeyanos y, consumada la batalla de Tapso en el año 46, intentó huir a España por mar. Su nave fue rodeada de enemigos y Torcuato se dio muerte. Pomponio Atico, amigo de Cicerón y el primer gran editor de Roma (nació en 109 a. de C.), autor de versos y de una historia de Roma, se dejó morir de hambre a los setenta y siete años a causa de una enfermedad incurable. Lutacio Catulo, adepto al escepticismo neoadadémico, creador de epigramas latinos, tuvo grandes diferencias con Mario y se vio obligado a envenenarse antes de que lo condenaran a muerte. Otro estoico enemigo de Nerón, Trásea Peto, que hizo por escrito un elogio de Catón, quedó envuelto en un proceso ante el Senado y condenado a la pena máxima. Cuando le fue comunicada la sentencia por el cuestor hizo libaciones a la gloria de Júpiter y mandó le cortaran las venas. San Jerónimo refiere en su **Crónica**, tomándolo probablemente de Suetonio, que Lucrecio —el famoso epicureísta autor **De rerum natura**—, enloquecido por un filtro de amor, puso fin a su vida, aunque la referencia ha despertado dudas y discusiones. Silio Itálico, a quien se debe un poema sobre la segunda guerra púnica y llevó activa vida poli-

tica, pasó sus últimos años en Campania dedicado al estudio. Se dejó morir de hambre en el año 101, atacado por una enfermedad incurable. Asimismo murió de hambre voluntaria Cremucio Cordo, historiador, para sustraerse a una condena: había sido acusado de «propaganda ilegal». Precisamente la **consolatio** más antigua de Séneca es quizá la que dirigió a Marcia, hija de Cremucio. Virio Nicómano Flaviano (334-394) desempeñó cargos políticos y tuvo fama de augur. Se suicidó cuando Teodosio venció a Eugenio, ya que de este encuentro Flaviano esperaba la derrota del cristianismo.

Existen otros numerosos casos de suicidio en la decadencia y desintegración de la antigua sociedad romana, pero aquí quedan reseñados los principales. El suicidio en la Grecia y Roma clásicas era una especie de dolorosa y bien asimilada terapéutica que salvaguardaba del dolor físico, de la enfermedad incurable y de las convenciones mancilladas; una vía de evasión y, por tanto, considerado el término en su sentido social y ético, una vía de salvación. Y, de paso, era la única verdadera libertad que el hombre podía ejercer frente al destino decretado por los dioses y el poder político. ■ E. T.



Hoy, el suicidio es un horror. Antiguamente, una norma. Entre la norma y el horror, el gesto no ha sufrido grandes alteraciones. Luego lo que realmente podría haber progresado es la manera de juzgar, no el hecho en sí. Para los filósofos griegos —en el grabado, Platón y Aristóteles—, supuso una práctica casi habitual.

(5) Bayet: **Literatura latina**.